

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

LOS LLAMADOS FENÓMENOS “PARAPSIKÓTICOS” EN LA NEUROSIS OBSESIVA

UNA APROXIMACIÓN AL DEBATE ENTRE BOUVET Y LACAN

THE SO-CALLED "PARAPSYCHOTIC" PHENOMENA IN OBSESSIVE NEUROSIS
AN APPROACH TO THE DEBATE BETWEEN BOUVET AND LACAN

Paula Anabela Claudel
Daniel Agustín Ferrari
Nora Cecilia Carbone
Gastón Pablo Piazze
carbonenc@yahoo.com.ar

Laboratorio de Psicopatología y Psicoanálisis
Facultad de Psicología
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Introducción

El presente artículo se enmarca en la investigación titulada “Variantes fenoménico-estructurales de la neurosis obsesiva: clínica diferencial de la forma enloquecida, infantil y femenina”, dirigida por el Dr. Gastón Piazze y la Lic. Nora Carbone en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata.

En esta oportunidad, circunscribiremos el estudio a la caracterización de la forma enloquecida de la neurosis obsesiva en su distinción fenoménico-estructural con la psicosis, en particular en lo que atañe a los llamados síntomas de despersonalización y desrealización, que pueden aparecer en ambas posiciones subjetivas. Para ello retomaremos el debate entablado por



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)
Atribución-NonComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Facultad de
Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Jacques Lacan con el posfreudismo en su Seminario V, en donde alerta sobre el extravío que supone pensar las relaciones entre neurosis y psicosis en términos de continuidad y sobre las consecuencias enajenantes que tal perspectiva acarrea en la cura.

Un posfreudiano “polémico”:

Maurice Bouvet y la neurosis obsesiva a la luz de las relaciones de objeto

Como se recordará, el Seminario V –dedicado al estudio de las formaciones del inconsciente–, se encuadra en un momento de la obra de Lacan en el que éste plantea la relación entre las estructuras subjetivas –neurosis, psicosis, perversión– desde el punto de vista de una oposición fundada, principalmente, en los avatares de la inscripción de la metáfora paterna. Son ellos los que dan a los síntomas su relieve particular y modelan la relación del sujeto con el deseo y su posición en la transferencia. De allí que el autor se pronuncie enérgicamente en contra de aquellos que, desconociendo estas referencias metapsicológicas, proponen la posibilidad de pasaje de una estructura a otra, como es el caso de algunos representantes del posfreudismo francés. Entre ellos, Maurice Bouvet, psicoanalista fecundo de la posguerra, sobre quien Lacan hace recaer su incisiva crítica.

En su texto “El Yo en la neurosis obsesiva. Relación de objeto y mecanismos de defensa”, publicado en 1953, Maurice Bouvet retoma las conceptualizaciones evolucionistas de Abraham para hacer hincapié en la posibilidad de superposición, interpenetración y regresión entre las distintas fases de organización libidinal. De acuerdo a esta hipótesis, no resulta sorprendente que, para este psicoanalista, una estructura psicopatológica presente signos de la supervivencia de formaciones y “angustias” inherentes a fases previas de desarrollo. Es así que afirma: “Eso nos hace comprensibles,

en el plano de la evolución de las pulsiones, *las relaciones íntimas que unen a la neurosis obsesiva con las psicosis*, puesto que éstas testimonian una regresión libidinal a los estadios de organización anterior” (Bouvet, 1953, p. 113). De este modo, son las vicisitudes del desarrollo libidinal –en su articulación con los mecanismos psíquicos–, las que permiten a Bouvet explicar metapsicológicamente la emergencia, en la neurosis obsesiva, de ciertos fenómenos clínicos atribuibles a las psicosis paranoica, melancólica o esquizofrénica. Se trata, por ejemplo, de “formaciones orales sádicas” y “trastornos de estructuración del yo” (p. 81), entre los que se destacan las manifestaciones de despersonalización, de extrañeza en relación con el ambiente y de alienación por ausencia de separación completa entre el Yo del sujeto y el objeto. Así, concluye que “en las relaciones de objeto de carácter sádico-anal hay psicosis” o que puede existir una neurosis “en relación con una psicosis concomitante o subyacente” (p. 117).

Por su parte, Lacan (1958) muestra su desacuerdo ante la hipótesis propuesta por este autor post-freudiano, y señala lo improbable del riesgo de ver caer a un sujeto obsesivo en la psicosis. La expresión “síntomas *parapsicóticos*”, que utiliza para referirse a estos fenómenos que “afectan al color, tal vez incluso a la estructura del yo” (p. 397) resulta interesante a los fines de nuestra investigación. En efecto, si el prefijo *para* quiere decir “al margen de”, “junto a” o “contra” –y eso deja clara la relación de exclusión entre neurosis y psicosis sostenida por Lacan–, se abre no obstante la pregunta por los rasgos específicos que permitirían orientar el diagnóstico en esos casos.

Hacia una clínica diferencial de la despersonalización y la desrealización

Si se revisa la literatura psicopatológica sobre el tema, se observa que, especialmente a partir de las primeras décadas del siglo XX, el síndrome de despersonalización se vio reducido al campo de la alienación esquizofrénica, como si fuera el paradigma de la vivencia psicótica. No obstante, varios autores destacan su presencia en el terreno de las neurosis e incluso en la normalidad. El carácter trans-estructural de esta constelación sintomática requiere entonces un estudio minucioso, a fin de captar los matices clínicos que permitan el diagnóstico diferencial. Y aunque parezca contradictorio, es en este punto, creemos, donde puede hallarse un aporte enriquecedor de parte de Bouvet.

Tomemos, por ejemplo, su artículo titulado “Despersonalización y relación de objeto” –publicado *a posteriori* de la crítica lacaniana del seminario V–. Allí resume la sintomatología esencial del cuadro según cuatro grandes rasgos polimorfos, con gradaciones en calidad e intensidad, tanto intra como inter individualmente. En primer lugar, un *sentimiento de cambio*, que afecta tanto la personalidad del enfermo como el mundo exterior. Puede ir desde una simple sensación vertiginosa hasta la impresión de la inexistencia de ciertos órganos, en particular los genitales, o extenderse al conjunto del cuerpo. A veces son los objetos los que han sido modificados, los que se vuelven extraños, desconocidos, nuevos, muertos, abstractos, insólitos, sus posiciones relativas están cambiadas. A continuación, un *sentimiento penoso*, en el que tampoco hay ninguna característica constante. El sujeto puede quejarse apenas de su estado o, por el contrario, hacer de él un drama. Ciertos pacientes están absolutamente enloquecidos por una crisis de despersonalización aguda inopinada –es el caso en particular de los paroxismos sobrevenidos en las neurosis–; otros, frecuentemente con una despersonalización más importante y que afecta el corazón de la personalidad, reaccionan mucho menos porque

sufren de ella desde hace mucho tiempo y se han acostumbrado. En tercer lugar, la *relación con el delirio*. Sobre la base de la vieja concepción del delirio como apartamiento de la realidad objetiva, el autor señala que el mismo está ausente en la mayor parte de los casos, pero que en otros aparece de forma “incompleta” y, cuando lo hace de modo acabado, en general es por cortos períodos de tiempo y no moviliza la conducta del sujeto, quien, por otra parte, conserva la crítica sobre su estado. Finalmente, la *capacidad de respuesta afectiva*, que puede sufrir algunas restricciones, pero que, generalmente, no llega a la apatía.

Se trata, incluso para Bouvet (1960), de una clínica poco segura, en la que la incompletud del cuadro clínico y “las variaciones individuales son de regla” (p. 423). Si a esto se suma la tesis de continuidad entre psicosis y neurosis, el diagnóstico diferencial parece imposible. Mas una lectura atenta del material clínico provisto por el autor cuestiona esta impresión.

Veamos, por caso, sus apreciaciones sobre las crisis de despersonalización que aparecen en el marco de lo que denomina “neurosis caracterizadas”. En ellas, los episodios, sean agudos o crónicos, siempre mantienen un nexo con otros síntomas típicos, en lo que nos atañe, los de la neurosis obsesiva. Tal relación se relaciona con la diacronía del cuadro, ya que la despersonalización surge a la saga de los síntomas, pero también con la función de los mismos: en efecto, aquella aparece cuando el armazón obsesivo –a decir de Lacan, el “tinglado”, que incluye fantasma, pantomima y síntomas– falla. Es verdad, como lo especifica Lacan, que la interpretación del asunto por parte de Bouvet es errónea: para él, las formaciones obsesivas hacen las veces de defensa respecto de la psicosis “siempre amenazante” (Lacan, 1958, p. 397) y es el vínculo de objeto parcial, con su carácter fundamental de “relación a distancia” (Bouvet, 1953, p. 144), el encargado de mantener al sujeto a salvo de la desestructuración psicótica. Es verdad también que este punto de vista

conduce a perder el distingo entre neurosis y psicosis, y que eso tiene importantes consecuencias en la dirección de la cura. No obstante, la casuística aportada por Bouvet muestra que ha captado con precisión –casi a su pesar, podría decirse– el meollo de la cuestión.

Una viñeta clínica

Este es el caso de un joven obsesivo tratado por Bouvet, quien, al momento de la consulta, estaba “extremadamente perturbado por una neurosis que ya casi no le permitía moverse”. Ejemplo de la “parálisis” a la que puede llegar el yo, de la que hablaba Freud en “Inhibición, síntoma y angustia” cuando se refería a la evolución de ciertas neurosis obsesivas graves. Hacia el final de su análisis –y presumiblemente como consecuencia del levantamiento del artefacto defensivo–, reveló varias veces fenómenos extraños: o bien veía que la lámpara que se encontraba frente a él sobre el escritorio cambiaba de dimensión o, más exactamente, la veía alejarse o aproximarse. Con frecuencia experimentaba modificaciones corporales parciales o totales: sus manos se volvían enormes, su cuerpo entero aumentaba de volumen al punto de superar ampliamente el tamaño del consultorio. Al mismo tiempo, su sensibilidad se embotaba o sentía parestesias extrañas al contacto entre sus dos manos.

Un día en el que estaba de mal humor porque le había parecido que en la sesión anterior su analista no le prestaba la suficiente atención –lo que guardó para sí–, tuvo el sentimiento de que éste estaba mal predispuesto hacia su persona. Despliega entonces una fantasmagoría de tinte agresivo, que sólo recuerda con claridad en el transcurso de la sesión siguiente: imaginó que el analista estaba incómodo por su llegada, que sentía vergüenza ajena –por despecho o por resentimiento profesional– ante ese tratamiento que se prolongaba indebidamente, y que pensaba ponerlo de patitas en la calle.

En realidad, aclara Bouvet, al ingresar al consultorio, el sujeto simplemente encontró al analista algo ceñudo, con los rasgos tensos a consecuencia de la fatiga. Pero en ese momento fue presa de la angustia de tener ganas de ir al baño durante la sesión, una fobia a “cagarse encima” que le era familiar en otras circunstancias, en particular cuando debía hacer una visita de cortesía. La fobia, dice Bouvet, “recubría enteramente una irritación en mí contra, que sólo surgió gracias a la violenta antipatía experimentada al encontrarme mal dispuesto hacia él, lo que no era más que una proyección favorecida por los signos de cansancio real que marcaban aquel día mi rostro”. Una vez instalado, agrega: “Él me habló de su impresión, de la reacción que había tenido hacia mí, luego asoció muy naturalmente con sus temores de tener ganas repentinas de defecar, y yo le proveí las interpretaciones convenientes”. No sabemos cuáles fueron esas interpretaciones, pero sí su efecto en la transferencia: “En ese momento él me imaginó como un reservorio de materias pútridas y nauseabundas que saldrían de mí como de un volcán (orificio anal) y que podrían invadir la habitación”.

Al mismo tiempo se produjeron los fenómenos de despersonalización / desrealización: la habitación cambiaba, tomaba un aspecto extraño; nada había cambiado realmente, pero las cosas le parecían diferentes; además, se sentía muy trastornado, no sabía lo que le sucedía, estaba aterrorizado, no podía ponerle nombre a este nuevo estado, era como si no estuviera allí. Como el mismo Bouvet (1953) explica en otros párrafos de su obra, los episodios de despersonalización / desrealización asociados a la neurosis obsesiva son generalmente breves y se producen “en la ocasión de oleadas violentas de agresividad provocadas por alguna frustración” (p. 90). ¿No habría que leer esta coyuntura, como nos lo enseña Lacan, en los avatares de la dialéctica de la demanda y del deseo? Los fantasmas sádicos, recordemos el Seminario V, no deben articularse como meras manifestaciones de una tendencia, sino como “una organización, ella misma significativa, de las relaciones del sujeto con el

Otro” (Lacan, 1958, p. 419). Si, como afirma Bouvet, la despersonalización se produce como respuesta cuando hay un “acercamiento” agresivo o un “estiramiento” demasiado largo de la distancia entre el objeto y el sujeto, como una suerte de sustracción de una “situación actual traumática”, puede pensarse como un modo de hacer –y a la vez de no hacer– con el deseo del Otro. En este punto el caso reportado por Bouvet (1960) es bien lacaniano: allí donde el obsesivo destruye al Otro con su demanda de muerte, luego lo pone a salvo, por la vía de la despersonalización, evitando los signos de su deseo. Ese “ahorro de hacer frente a circunstancias que están más allá de sus fuerzas” (p. 372), que según Bouvet (1960) proporciona la crisis despersonalizante, no es otro que el de asumir la responsabilidad subjetiva con respecto al deseo. Esto explica, a su vez, por qué en el curso de las neurosis, las crisis de despersonalización desaparecen con mucha frecuencia tal como vinieron, pues responden al ritmo pulsátil del movimiento deseante cuando otras defensas más estables flaquean.

Esta función defensiva ya había sido puesta de relieve por Freud en 1936, cuando asignaba a los fenómenos de extrañamiento o desrealizamiento la tarea “de mantener algo alejado del yo” (Freud, 1936, p. 219). Pero hay que reconocerle a Bouvet el hecho de haber discernido que, en ocasiones, la despersonalización puede adquirir el carácter de una lucha activa. Lejos de abandonarse, el yo está ahí hiperconsciente, al acecho, crispado en el mantenimiento de sí mismo. Paradójicamente, el despersonalizado no abandona la realidad; por el contrario, se aferra a ella, y es por eso que Bouvet afirma que es la antítesis del delirio. En ningún momento da lugar a un delirio caracterizado, a lo sumo, a proyecciones efímeras y dubitativas y las investiduras de objeto, lejos de ser abandonadas, sólo están suspendidas temporariamente. Inclínación a la síntesis del yo, diría Freud; “astucia” frente al deseo, diría Lacan. Así, ciertas actitudes introspectivas “deliberadas” de muchos obsesivos se acercan a la despersonalización / desrealización, como



una manera de “estar en otra parte”, o en “ninguna parte”, análoga al “violento desvío hacia otros pensamientos” (Freud, 1896, p. 173) que Freud situaba en su primera nosografía como ejemplo de la lucha secundaria contra el síntoma.

Ahora bien, la viñeta de nuestro psicoanalista posfreudiano brinda todavía otro elemento interesante para cernir el sello de la despersonalización en el terreno de la neurosis: durante la sesión, el paciente de pronto recordó que en la pubertad, luego de una discusión con su padre en el campo, fue a dar un paseo para *distrarse*. Allí también fue invadido bruscamente por “nuevas impresiones tanto internas como externas” que le provocaron el mismo sentimiento de sorpresa, de angustia, de temor a volverse loco que lo embargó en el encuentro con el analista: se sintió cambiado y le parecía que el mundo exterior estaba transformado, aun cuando no lo estuviera. El aire olía a azufre, el paisaje adquiría un aspecto demoníaco, y esto era tan verdadero que en todo momento esperaba, aunque no creyera en eso, ver surgir una llama de los arbustos y aparecer a Satán en un rincón.

Tal como sucede con el «Hombre de las ratas», lo acontecido en el análisis reenvía a otra escena, relativa a la novela familiar de este neurótico. El hilo significativo que une ambas escenas nos pone sobre la pista de la estructura en juego. Parafraseando a Lacan: “Ahí tienen la trama misma del mundo que vive el obsesivo. El obsesivo es un hombre que vive en el significativo. Está muy sólidamente instalado en él. No hay nada en absoluto a temer en cuanto a la psicosis. Dicha (articulación) significativo basta para preservar en él la dimensión del gran Otro” (Lacan, 1958, p. 480). En las psicosis, en cambio, la experiencia de modificación de sí y del mundo es radical e irrepresentable, difícil de comunicar. La falta del significativo privilegiado que sostenga la cadena simbólica es la que da a la experiencia psicótica de despersonalización el sesgo de lo inefable, que contrasta con “el pequeño drama, la gesta (...) que constituye el mito individual del neurótico” (Lacan, 1953, p. 47).

Para concluir

¿Qué es, entonces, lo *para* psicótico de las manifestaciones de despersonalización / desrealización de la neurosis obsesiva? En otras palabras, ¿qué es lo que nos permite sostenerlas en una relación de exclusión con respecto a la psicosis? El debate Lacan-Bouvet ha resultado esclarecedor: desde el punto de vista de su estructura, puede decirse que este síndrome se inscribe en una dialéctica significativa; desde la óptica de su función, sirve a la estrategia de mantener el deseo a distancia. Ambos elementos, que dejan su rastro en la transferencia, demuestran, una vez más, el valor –y la vigencia– del concepto de metáfora paterna como tabla de orientación para el diagnóstico diferencial.

Referencias

Bouvet, M. (1953) [1985]. El Yo en la neurosis obsesiva. Relación de objeto y mecanismos de defensa. En J. Saurí (Comp.), *Las obsesiones* (pp. 109-101). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Bouvet, M. (1960) [1967]. Dépersonnalisation et relation d'objet. En *Oeuvres psychanalytiques: névrose obsessionnelle, dépersonnalisation. La relation d'objet* (pp. 293-475), Vol. 1. Paris, France: Payot.

Freud, S. (1896) [1984]. Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras completas*, Tomo III. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1936) [1984]. Carta a Romain Rolland (una perturbación del recuerdo en la Acrópolis). En *Obras completas*, Tomo XXII. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.



Lacan, J. (1957-1958) [1999]. El Seminario libro V. Las formaciones del inconsciente. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (1953) [1985]. El mito individual del neurótico. En *Intervenciones y textos* (pp. 37-59). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Manantial.